

Centenario de Henri Bergson

1859. Henri Bergson llegó al mundo en un momento decisivo. Su siglo había recibido del precedente la caldera de vapor, que al convertir el calor en trabajo iniciaba la serie de descubrimientos que confluían después en el desencadenamiento de energías insospechadas, ocultas en el tomo durante miles de siglos.

Henri Bergson, francés, y judío de raza y religión, iba a asistir con ojos de filósofo a una transformación económica de la sociedad. Era un rápido crecimiento de los poderes físicos del hombre, lo que se iba a desarrollar paralelamente a sus años.

A lo largo de su vida presencia una serie progresiva de descubrimientos. Edison consigue utilizar el misterio del fluido eléctrico en la luz artificial. Se perfeccionan los primeros vehículos, que cruzan el paisaje sobre raíles de hierro y carreteras de asfalto, alimentados por la hulla y el petróleo.

El ingenio humano se desarrolla en el interior de las fábricas, donde las sabias máquinas realizan lo que cientos de obreros nunca hubieran podido soñar. El hombre utiliza el calor y el frío. Canaliza las energías errantes que le rodean, y va quedando atrás el siglo XIX, mientras surge un nuevo siglo en el que los medios de vida se amplían y se multiplica el rendimiento.

En este ambiente Henri Bergson desarrolló su filosofía de la vida. Pensamiento nuevo, caracterizado por una mirada tranquila a su interior inquieto, frente al desarrollo potente de actividad material que se realizaba a su vista.

No era la especulación abstracta, sino la base realista, íntima, humana, lo que le preocupaba. Trataba de buscar el hombre, olvidado por sus antecesores durante varias décadas. Su filosofía era la filosofía de la vida, y del hombre vivo. Era el comienzo de acercamiento al ser concreto, que caracterizará después la ola existencialista.

La atención del filósofo, que había huido de la realidad, y creía que todo era construcción del entendimiento, vuelve en Bergson hacia lo más profundo del hombre, y se arriesga a interpretar filosóficamente la paradoja y el misterio del propio ser, vivo y concreto.

En su interior encontraba la lucha de la materia y el espíritu. El espíritu do-

minando la materia, la misma que frente a él iba desplegando su poder progresivamente.

Y así fue construyendo su sistema del impulso vital, tratando de reivindicar la realidad del espíritu, frente a la exaltación del poder de la materia que se realizaba en inventos inesperados, cada vez más útiles, más gigantes, más materiales.

Era, pues, natural que al lado de su filosofía apareciera alguna alusión al hecho más espectacular de su existencia. Y así vemos en las últimas páginas de su libro definitivo (1) una interpretación luminosa del gigante industrial que la técnica había hecho nacer de la materia.

La Industria

No se le había ocultado al filósofo que el hombre, dentro de su indigencia, tiene un gran poder. Es el más pobre y el más rico del Universo. Pobre en instrumentos materiales. Ni velocidad en los músculos, ni perfección de abeja en sus conocimientos instintivos. Rico en inteligencia, que le permite fabricar instrumentos superiores, con los que aprovecha en su utilidad el Universo.

La máquina es el don de la naturaleza a través de la inteligencia. Con ella multiplicamos nuestras energías, y superamos al animal más potente, incapaz siempre de sobreponerse, idéntico en todo a sus progenitores.

El animal no es capaz de perfeccionar sus colmillos. El hombre no los tiene, pero con su inteligencia construye instrumentos de defensa mucho más efectivos. Cada generación posee medios de vida nuevos contruidos por los hombres. Por eso para Bergson el hombre es "homo faber", fabricante de sus propios instrumentos.

En esta forma la máquina, la herramienta, le parece a Bergson nuestro organismo artificial:

"La herramienta del obrero continúa su brazo. La maquinaria de la humanidad es la prolongación de su cuerpo" (2)

Organismo artificial que domina el Universo. Todas las energías del mundo a su servicio, para mejorar las condiciones de su existencia, era supeditársele poco a poco a través de los inventos.

"La naturaleza, dotándonos de una inteligencia esencialmente fabricadora nos había preparado cierto progreso. Pero máquinas que funcionan con petróleo,

(1) Henri Bergson "Les Deux Sources de la Morale et la Religión" Ed. F. Alcan París 1934.

(2) H. Bergson. "D. S." pág. 334.

con carbón, con "hulla blanca", que convierten en movimiento energías potenciales acumuladas durante millones de años. han conseguido dar a nuestro organismo una extensión tan vasta y un poder tan formidable, tan desproporcionado a su dimensión y su fuerza, que seguramente no había sido previsto en el plan de estructura de nuestra especie (3); fue una ocasión única el mayor triunfo material del hombre sobre el planeta" (4).

La máquina se aglutina en fábricas y construye todo un nuevo universo rodante que trabaja para el hombre. Poder desproporcionado a su pequeñez física, que añade a sus facultades materiales una dimensión desproporcionada.

El Místico

Paralelamente recuerda Bergson la existencia de los místicos en la tierra. El, judío, que nunca perteneció de hecho a ninguna comunidad cristiana (5). llega a reconocer el Dios de los místicos católicos como el único verdadero, capaz de explicar el origen de la vida y dar un sentido a la moral.

Los místicos son seres llenos de vitalidad interna, que han obtenido un contacto íntimo de presencia de Dios.

San Pablo, Santa Teresa, Juana de Arco, son otras tantas manifestaciones del encuentro con Dios realizado por el hombre. Su contacto con Dios los llenó de vitalidad y de acción y dedicaron todas las energías de su existencia "a la propagación del cristianismo" (6).

El místico católico es el hombre de vida más auténtica. Su veracidad nos la muestra su manera de obrar. Los místicos orientales dedicaban su vida a la anihilación, a no pensar en nada. Los cristianos desarrollan una actividad intensa, para llevar a todos los hombres el mensaje de amor (7) y de caridad que es Dios. De El reciben un impulso que los "lanza a las empresas más vastas" (8). Son los que conocen a Dios, y pretenden continuar en la tierra la obra de Dios que es amor (9), llegando a construir minorías activas y contemplativas que son las Ordenes Religiosas.

(3) Al decir que no había sido previsto este crecimiento sugiere que ni Dios lo conoció. Punto perteneciente al núcleo de ideas en que se aparta de la filosofía cristiana, que ahora no analizamos.

(4) Ib.

(5) Aunque reconoció que el Dios cristiano es el único verdadero nunca llegó a pedir, según parece, su admisión al cristianismo. Solamente en el testamento expresa el deseo de ser enterrado por un sacerdote católico, y afirma su adhesión moral a nuestra religión. Como causa de no haberse bautizado propone el no haber querido parecer traidor a su raza en los días trágicos de la persecución nazi.

(6) Henri Bergson "D. S." pág. 243.

(7) Ib. pág. 259.

Prescindiendo de los matices no recelos que pueda dar Bergson a su interpretación del Dios de los católicos, es un hecho que él, de religión hebrea, lo reconoce, como continuación lógica del judaísmo. Y son precisamente los místicos los que con su vida desinteresada y con su personalidad llena de valores superiores se lo descubren.

Ellos son lo mejor de nosotros, porque están en comunicación con el ser de vida más intensa y rica. Nosotros sentimos en el interior una resonancia de su mensaje (10). Todos tenemos algo de místicos.

La paradoja de la Industria y el Místico

Tanto el místico como la máquina le hacen pensar a Bergson en dos extremos que dividen las costumbres de la sociedad en direcciones opuestas. Un doble "frenesi". Por un lado el misticismo se cristaliza en ascetismo. Hombres de vida austera y renunciante, satisfechos en su carencia, que simplifican su vida de necesidades materiales hasta límites increíbles.

La máquina, por el contrario, da lugar a una sociedad envejecida. Produce el placer y satisface las necesidades materiales del hombre, pero a la vez lo va encadenando con nuevas necesidades. Las exigencias quedan satisfechas, pero surgen nuevas exigencias, más agudas, dentro del nuevo nivel agradable conseguido.

La línea del místico es de simplificación ascética. La máquina inaugura una nueva línea de complicación. El místico encabeza un grupo de seres que prescinden de muchas necesidades materiales. La máquina da lugar a un fenómeno parecido a las ondas que produce una piedra en el agua. Cada vez aumenta el radio de los placeres, pero dentro de un círculo cada vez mayor de necesidades nuevas falsas.

Tesis y antítesis, ascetismo e industrialismo, inician dos direcciones opuestas: la privación y el placer, la simplificación y la complicación indefinida.

Y la sociedad, a lo largo de la Historia, se acerca periódicamente a una u otra de estas posiciones extremas.

(8) Ib. pág. 250.

(9) Ib. pág. 251.

(10) Decía Bergson al respecto: "William James declaraba no haber pasado jamás por estados místicos, pero añadía que si oía hablar a un hombre que los conociera por experiencia "algo les hacía eco". La mayor parte de nosotros está probablemente en el mismo caso." Cf. "D. S." pág. 262.

La conciliación

Esta oscilación pendular, del ascetismo al placer, le hace pensar en un centro de equilibrio, síntesis de ambos.

El místico no es opuesto a la máquina, a pesar de la apariencia paradójica. El es Caridad, propagación del amor de Dios que siente en sí. Por eso busca a los demás, para expansionar la intensidad de amor que le impulsa a llevar a todos a Dios (11). Pero los demás sufren su miseria. Muchos mueren de hambre, y sólo la industria es capaz de multiplicar las energías humanas, para arrancar de la tierra el alimento costoso. El misticismo "llama a la mecánica" (12). Exige la máquina y la industria.

La máquina tampoco se opone al místico. Es nuestro organismo artificial. La prolongación de nuestro brazo. El desarrollo descomunal de nuestras fuerzas regido por la inteligencia. Un nuevo cuerpo engrandecido y gigante. Pero este cuerpo nuevo está regido en último término por nuestro espíritu, por el alma, que ante el gigante "permanece la misma que era, demasiado pequeña para llenarlo, demasiado débil para dirigirlo" (13).

El alma queda pequeña para este crecimiento repentino de poder material. Necesita que alguien despierte sus poderes superiores y se los aplique al cuerpo; que los oriente al nuevo poder adquirido.

Y nadie más capaz de dársele que el místico católico, cuya espiritualidad se difunde y despierta en nosotros el conocimiento de una moral superior dinámica, cristiana, fundada en la realidad más interna de las cosas, que es su relación con Dios. La industria, pues, la máquina, la mecánica, "exige al místico" (14).

De esta manera Bergson en 1934 nos expresa como el misticismo de la reli-

(11) Cfr. D. S. pág. 249.

(12) Cfr. "D. S." pág. 334 "Cómo se pagaría... en una humanidad absorbida por el temor de no comer en su hambre? El hombre no se levantará de la tierra si una maquinaria poderosa no le da el punto de apoyo". Deberá pesar la materia si quiere despojarse de ella. En otras palabras, el místico llama a la Mecánica.

(13) D. S. pág. 235.

(14) Cfr. Ib.: En este cuerpo desmesuradamente acrecido el alma queda como antes, demasiado pequeña para llenarlo, demasiado débil para dirigirlo. De ahí el vacío entre él y ella. De ahí los terribles problemas sociales, políticos e internacionales, que son otras tantas definiciones de este vacío, y que para llenarlo provocan hoy tantos esfuerzos desordenados e ineficaces: serían preciso nuevas reservas de energía potencial, esta vez moral. No tememos decir ahora, como lo hacíamos arriba, que el místico llama a la mecánica. Añadimos que el cuerpo agrandado espera un suplemento del alma, y que la mecánica exigiría al místico."

gión cristiana (14) exige la industria y ésta a su vez al místico.

Y es cierto que se está desarrollando deforme. Un cuerpo grande con un espíritu pequeño. La industria necesita alma, y por lo tanto cristianismo que vivifique internamente su repentino crecimiento.

La afirmación la hizo un no-cristiano antes de ver multiplicarse el poder humano sobre la materia en la colosal escala atómica. Observó agudamente cómo la industria al progresar sin la dirección del espíritu sólo produce necesidades nuevas. Hoy tenemos por necesario lo que en la Edad Media era superfluo aun para los potentados. El progreso sin alma nos ha hecho más indigentes.

Hoy asistimos, además, a la subordinación de este progreso a la guerra. Las energías del átomo nacieron en batalla. El cuerpo artificial del hombre que estudiaba Bergson se está volviendo contra la mínima parte natural, contra el hombre de verdad.

Ahora, más que hace veinticinco años, necesitamos una revitalización de nuestro progreso. La industria y la técnica son el triunfo de la materia y se desarrollan más rápido que nuestra imaginación. Permiten al brazo que sólo apenas podría arañar la tierra, penetrar su corteza y hacer salir petróleo. Pero necesitan espíritu. No pueden convertirse en nuestra ruina, ni en nuestra degeneración.

Bergson, el rabino filósofo, sólo encuentra una solución ante el desarrollo suicida del poder sobre la materia. La vuelta a Dios por el amor a los hombres de los místicos católicos. Esta nueva perspectiva sanaria la deformidad del gigante material. Sólo el alma, con su amor a Dios y a los hombres, es capaz de ir remediando los problemas sociales y humanos que está produciendo el poder material vacío, dándole el sentido auténtico, de medio para conseguir un fin eterno.

El mensaje de Caridad universal del Catolicismo es, según Bergson, el capaz de darle una estructura poderosa al poder material, que, aislado, hace al hombre más pobre. La industria, la mecánica, dice: "sólo podrá dar servicios proporcionados a su poder si la humanidad que ella ha encorvado hacia la tierra llega a enderezarse y a mirar al cielo" (15).

HEMACIO ARRAIZA, S. J.

(15) Henri Bergson "D. S." pág. 355.